

Eduardo García Aguilar

y

Ciudad de México

Nació en Manizales en el año 1953. Realizó estudios de Economía Política en la Universidad de la Sorbona, en París. Haber vivido en Francia en el período juvenil posibilitó en gran medida la iniciación de Eduardo García como escritor. México confirmará sus búsquedas, al entronizar con el periodismo cultural y literario.

Colaborador en los periódicos *Excelsior* y *Uno Más Uno*, García Aguilar fue acogido en México por sus agudezas en el modo de abordar la literatura latinoamericana de las décadas de 1960 y 1970, o período del llamado “boom”. Como cronista logró hacerse a una audiencia de lectores que veían en su escritura el festín de la provocación, el afán por proponer otras miradas frente a las obras de los escritores clásicos y contemporáneos. Su primer libro es *Cuaderno de sueños*, en el género del cuento. Le siguen en su orden las novelas *Tierra de leones*, *Bulevar de los héroes* y *El viaje triunfal*. La Universidad Nacional Autónoma de México publicó en el año 1992 el libro de poesía *Llanto de la espada* y el Ministerio de Cultura, de Colombia, publicó *Veinte asedios al amor y a la muerte*, una selección del cuento colombiano, elegidos entre los centenares de cuentos, no ganadores en la convocatoria a concurso en el año 1996. *Urbes luminosas* (1992), de otro lado, es un libro cuyos tonos se mueven entre el relato anecdótico y el cuento.

Eduardo
García
Aguilar



JOSÉ GUADALUPE POSADA
GRABADO

Cuando el tiempo nos guía hacia la mitad del trecho
contamos minuciosamente los días los segundos las horas
que hacia allí nos conducen
y una extraña sensación de despedida inunda
el silencio del mediodía.

Abrimos la vacía maleta que guarda el secreto
del fluir y la felicidad escapa traicionera
en la carroza del mundo conquistado.

Al otro lado del medio del camino
parece diluirse el paisaje amarillo
que viene de imperceptibles siglos venideros
que son como pasados vagos luceros espejismos
y un raro júbilo
nos anuncia el muelle y la nave que nos llevará
hacia la lenta agonía.

A medida que las campanas tañen el nuevo cumpleaños
a medida que la brizna repica sobre la piel desnuda
mientras un inmenso arcoiris se insinúa sobre las amplias
mesetas —que vemos desde alturas heladas—
la vista se hace más clara como si los cristales
de la ceguera recobraran el diáfano destello
del diamante y todo pudiera verse
en su inquietante minucia
en su aciago fluir de catástrofe.

RELOJ DE SAN ILDEFONSO

Acalorados túneles cubiertos de maleza,
Recámaras secretas, oscuras, clausuradas,
Sinnúmero de voces, de ecos, de rugidos
Emergen en la noche eterna de los sótanos.
En un siglo perdido o paralelo aún desconocido,
Permanecen las huellas de posibles sucesos
Y se escuchan gemidos de seres no nacidos,
De piedras fracturadas o acciones inconclusas
Como vanos destellos de otro mundo tapiado.
Arcadas ilusorias adornan corredores
Y su piedra gotea líquidos nauseabundos.
Extensos pasadizos, compuertas, balcones interiores,
Jardines reseco y plantas asesinas
Se anotan en los libros que administran
La infamia de las horas.
Un horario secreto agota manecillas de relojes ahogados,
Luces apenas tenues hacen brillar la arena
Que mueve el mecanismo.
Llantos inusitados penetran los cimientos
Y el templo tambalea, cimbra, se hunde entre pantanos
Poblados de animales sin ojos y sin venas.
Camino solitario, a tientas, bajo el humo
Que mueve un viento frío.
Mastico ciertos musgos y trago la saliva de la inmunda rutina.
Vomito en recipientes dorados
La purpúrea masa que se transforma en odio.
Voces lejanas oigo en largas turbamentas

Circulando cansadas en el negro recinto.
Un murciélago pasa moviendo el empolvado
Tapiz de este silencio.

